

LA GUERRA CON EL PERÚ, UNA PERSPECTIVA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN COLOMBIANA*

The war with Peru, a perspective in the construction of the Colombian nation

*Olga Yanet Acuña Rodríguez***

* Este texto hace parte del proyecto de investigación, “Imagen, conflicto y poder a mediados de siglo XX en Colombia”, financiado por la Dirección de Investigaciones de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia UPTC.

** Licenciada en Ciencias Sociales y magíster en Historia de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, doctora en Historia. Actualmente es docente de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, del Doctorado y de la Maestría en Historia. Investigadora asociada del grupo de Investigaciones Asociación Centro de Estudios Regionales REGIÓN. olgayanet@gmail.com

Resumen

Este texto pretende acercar al lector a la forma como la guerra con el Perú, efectuada entre 1932-1933, fue instrumentalizada para generar un sentido nacionalista, con el fin de defender una parte de la frontera colombiana en conflicto. Así, entre los colombianos, aunque no conocieron directamente el territorio, se creó un imaginario en torno a la representación del mapa y lo importante de suscitar un nacionalismo patriota para motivarlos a defender el territorio, ya donando sus pertenencias o uniéndose a las tropas del ejército colombiano.

Palabras clave: guerra con el Perú, nacionalismo, patriotismo, territorio, imaginario.

Abstract

This paper aims to show the reader how the war with Peru, 1932-1933, was used for generating a nationalist sense, to defend a part of the Colombian border which was in conflict. Thus, among Colombians, although they did not know directly the territory, was created an imaginary on the representation of the map and the importance of raising a patriot nationalism that motivate them to defend the territory donating their belongings or joining to the troops of the Colombian army.

Keywords: war with Peru, nationalism, patriotism, territory, imaginary.

Introducción

En 1932, en Colombia se escucharon voces de protesta por la repentina toma de Leticia y la región del sur de Colombia, lo que agitó el sentimiento nacionalista por la defensa del territorio y en apoyo a las acciones del Gobierno. La prensa y los sectores políticos, principalmente del conservatismo, convocaron a la defensa del territorio y lograron despertar la identidad colectiva en los habitantes de las diversas regiones de Colombia, que se pronunciaron en defensa del territorio nacional, y construyeron un imaginario de nación a partir de la pertenencia al territorio bajo una connotación imaginada e ilimitada, que debía incluso acudir a la guerra como estrategia para defender la colombianidad. Por ejemplo, los hombres se vincularon a las fuerzas del ejército para desplazarse hasta el sur de Colombia y defender la nación. Las familias donaron sus pertenencias, como vajillas en plata, alhajas, elementos decorativos de valor, y las mujeres cedieron sus joyas. A través de estas donaciones expresaron el sentimiento nacional, pues aunque los habitantes del centro o de otras regiones del país no conocían físicamente el territorio, se sentían parte de este. En nuestra opinión, la guerra contribuyó a afianzar ese sentimiento de unidad nacional, que fortaleció las pasiones y afectos entre ciudadanos colombianos, a partir de la noción de territorio y de colombianidad, y despertó un patriotismo apasionado¹.

Para generar este sentido de pertenencia a un espacio físico imaginado, la clase política, principalmente el conservatismo, promovió un nacionalismo patriota, con el que se intentaba integrar a la población para la defensa del territorio. Tal vez se pretendía despertar conciencia nacional, lo que según Benedict Anderson, implica “explicar el apego de las personas a los frutos de su imaginación”, que lleva a los individuos a participar, a desprenderse de sus pertenencias y hasta morir por defender estas invenciones, que hacen parte del “patriotismo apasionado” (Anderson, 2005, p. 200). También podría ser una estrategia del conservatismo para poner en crisis el Gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera, elegido en 1930; en este sentido la conciencia nacional era una simple excusa para disfrazar las intenciones reales de los líderes políticos. Otra hipótesis es que el conflicto internacional fue promovido por la Casa Arana, para apropiarse de las áreas de explotación de caucho que resultaban ser más productivas². Estas y otras hipótesis nos hemos planteado con relación al conflicto, sin embargo en este aparte intentaremos aproximarnos a algunos aspectos que incidieron para crear conciencia nacional.

En este texto fueron significativos los conceptos de nación aportados por Benedict Anderson (2005, p. 22), sobre la comunidad imaginada, que nos llevan a reflexionar sobre cómo se consolida, se articula y permanece esa relación fraternal que mantiene cohesionados a los habitantes de un territorio. Igualmente, los conceptos de Eric Hobsbawm (2000, p. 24),

1 De esta manera se estimuló el sentimiento nacional bajo una connotación política que dio origen al nacionalismo patriota, que consistió en despertar ese sentimiento por la defensa del territorio (Anderson, 2005, p. 200).

2 “La provincia irredenta del Amazonas no era en realidad sino el latifundio de un cauchero arruinado, que con el concurso de los interesados influyentes aspiraba a vencer por 80.000 monedas el derecho de libre determinación, que teóricamente le reconoce la legislación internacional. De allí se derivó una movilización de tropas al Putumayo y la apelación a los tribunales de conciliación y arbitraje”. (El Espectador, 1932, 26 de octubre)

para quien la nación es una comunidad política constituida por el conjunto de habitantes de un país regido por un mismo gobierno, que al parecer debe responder a la pretensión de desarrollo y progreso enmarcada en las relaciones Estado– sociedad.

Vale anotar que la configuración física del territorio representada en el mapa se convirtió en el medio que contribuyó a construir la imaginación popular y a afianzar el nacionalismo patriota. El mapa fue el elemento que les permitió a los habitantes de las diversas regiones del país construir una representación del Estado colombiano y dimensionar el territorio en disputa.

El texto se desarrolla desde una perspectiva de la historia política y cultural, que permite apreciar cómo las élites políticas fomentaron la identidad nacional para defender el territorio colombiano y, de esta manera, se desarrolló un tipo de nacionalismo ligado al patriotismo que le permitió a la población sentirse colombiana aunque no conociera el territorio.

En la ejecución de esta investigación se buscó información en revistas, memorias de militares que participaron en la guerra, memorias de ministros y del presidente, informe del presidente al Senado y el seguimiento que hizo la prensa de circulación nacional y de la región del sur de Colombia. A partir de la compilación de la información, se procedió a hacer el análisis, guiado por las categorías sobre nacionalismo expuestas por Benedic Anderson y Eric Hobsbawm principalmente.

En este artículo se hará alusión a algunas reflexiones historiográficas, la situación de Colombia y Perú previa a la toma de Leticia, la toma de Leticia y la guerra con el Perú, combates por la defensa de Leticia, la población colombiana y la conciencia nacional.

Algunas reflexiones historiográficas

Sobre el tema de la guerra con el Perú se han realizado algunos trabajos historiográficos, entre los que citamos el texto de Adolfo Atehortúa, que sintetiza los hechos que caracterizaron el conflicto colombo–peruano, suscitado entre 1932 y 1933 tras la ocupación de Leticia, puerto colombiano sobre el río Amazonas. En esta exposición, el autor resalta la acción de los invasores y la respuesta de los colombianos en la defensa del territorio; igualmente hace alusión al manejo diplomático del conflicto, en el que se apreciaron intencionalidades no muy claras, disfrazadas de un espíritu conciliador por parte del Gobierno peruano (Atehortúa, 2007). El texto se centra principalmente en el manejo que se dio a la guerra desde las relaciones diplomáticas, sin que se profundice sobre el papel político y las intencionalidades de los líderes del conservatismo en fomentar un nacionalismo patriota y despertar esas relaciones sociales y culturales a partir de las identidades fomentadas.

Por su parte, Alberto Donadio hace un balance sobre lo que significó la Casa Arana en el proceso de colonización y explotación de caucho en esta región; igualmente describe el proceso de toma y control de Leticia por parte de los soldados peruanos, los intereses que se resaltaban en los dirigentes del ejército colombiano, el caso de Alfredo Vásquez Cobo, que

utilizó el conflicto como estrategia para reivindicar su papel político. Desde este punto de vista, este autor hace un aporte significativo porque deja ver cómo el oportunismo trasciende el sentido e interés patriótico que manifestaba la mayoría de colombianos en defensa del territorio nacional. Las relaciones políticas y económicas que resalta el autor son aspectos sustanciales para comprender la guerra y los intereses que alrededor de esta se movían, aunque son perceptibles los vacíos sobre el desarrollo de la guerra, los intereses políticos que se perseguían y la manera como esto influyó para crear una comunidad imaginada.

Otro autor, Reynel Salas, también resalta que la ausencia de una política de colonización y de control de las áreas de frontera por parte del Estado en esta región, favoreció la invasión peruana; asimismo describe como los habitantes del Huila donaron sus pertenencias, mientras que otros decidieron participar como miembros del ejército para defender el territorio; de esta manera se afianzó el sentido de la colombianidad.

Igualmente, el teniente coronel Alfonso Pinzón Forero, como actor del conflicto, describe las situaciones que vivieron los miembros del ejército a partir de la toma del puerto de Leticia, y particularmente hace alusión a la forma como se tensionaron las relaciones con los miembros del ejército peruano, que en momentos anteriores eran cordiales. Pinzón Forero resalta las dificultades del conflicto, en las que se puede apreciar el clima, la escasez de alimentos, las enfermedades tropicales y la valentía de los hombres para defender el territorio, aunque tuvieran que enfrentarse a las condiciones que ofrecía la selva (Pinzón, 1990). Sin duda, este texto es de gran relevancia, porque da algunas pistas sobre los pormenores del conflicto, entre estos la falta de conocimiento del territorio, la carencia de comida (situación contradictoria, si se tiene en cuenta que los colombianos hicieron grandes donaciones), lo que permite inferir que quienes fueron a la guerra recibieron muy poco apoyo, mientras los recursos desaparecieron.

Estos autores se centran en describir cómo la guerra involucró a la población colombiana desde un punto de vista militar y geopolítico, pero dejan del lado el análisis sobre la forma en que la guerra contribuyó a fomentar ese espíritu nacionalista, que se tradujo en patriotismo y que llevó a los colombianos a vincularse de diversas maneras al conflicto, hasta el punto de construir un enemigo externo y trasladar el conflicto interpartidista a la defensa del territorio nacional.

Un aspecto importante que se puede resaltar es cómo en los habitantes se fomentó un nacionalismo, con la perspectiva de defender el territorio colombiano, que llevó a que campesinos y trabajadores se unieran a las filas del ejército, donde destacaron y reiteraron su espíritu de combate por la defensa del territorio nacional. En el *Diario del Sur* de Pasto se pueden apreciar algunas versiones que describen cómo los habitantes pastusos decidieron participar en el conflicto, por amor a la patria. En una entrevista hecha por este periódico al cabo primero Fortunato Rosero a sus 97 años de edad, él expresó que aunque pasaron muchos trabajos, enfermedades, hambre y que fueron olvidados en la selva sin abastecimientos, puesto que en la selva solamente recibían una ración para cada dos días, y a pesar de la escasez de víveres, continuaron la lucha (Diario del Sur, 2009). Paradójicamente, fue ardua la campaña emprendida para recolectar dinero, comida, armas y vestido para



los soldados que voluntariamente habían decidido defender el territorio. La situación que vivieron los soldados fue muy difícil, tanto por el clima, la vida en la selva, la dificultad para transportarse; tampoco las provisiones llegaban a su destino, tal vez por la dificultad de transportarlas por entre la selva, o porque no había suficientes medios de transporte, o porque simplemente los destinos eran cruzados para responder a otros intereses.

Situación de Colombia y Perú previa a la toma de Leticia

En la década de los treinta se inició en América Latina una etapa de crisis y fuertes turbulencias, por la emergencia y respaldo de ejércitos modernos en la escena política, que parecía ser una réplica de la situación europea. En 1930 los militares lideraron el derrocamiento de gobiernos de tendencia liberal en Argentina, Brasil, República Dominicana, Bolivia, Guatemala y Perú (Rouquié & Suffern, 1997, p. 281), en algunas ocasiones consolidaron gobiernos militaristas como fue el caso peruano. En 1930 se produjo la caída del mandatario Augusto Leguía, debido a una insurrección militar dirigida por el comandante Luis Miguel Sánchez Cerro, lo que generó inestabilidad política en el gobierno y zozobra en la población peruana. Al llegar Sánchez Cerro al poder se convirtió en un líder populista con gran respaldo de los sectores populares y de las elites peruanas.

La economía peruana para la época dependía de los ingresos obtenidos por el petróleo y el guano y en pequeña proporción por la explotación del caucho, que desde comienzos de siglo XX había realizado Julio César Arana, aunque para la década de los años treinta, al parecer, no representaba un ingreso considerable. Sin embargo, los caucheros que habitaban la población de Loreto pretendían controlar todo el trapezio amazónico y tal vez esto los motivó a tomarse la población de Leticia. Por otra parte, el Gobierno peruano experimentaba una fuerte inestabilidad política, ocasionada por el golpe de Estado, lo que había polarizado las relaciones políticas.

Pero, la toma de Leticia por parte de los peruanos, al parecer, contenía otros elementos de orden político, como la resistencia de los loretanos al Tratado Salomón-Lozano, firmado en 1922 entre el Gobierno colombiano y el peruano. En este sentido, la crisis gubernamental que se vivía en Lima fue un momento coyuntural para que los loretanos reaccionaran en defensa de lo que consideraban su territorio, reclamaran el trapezio amazónico como suyo, acudieran a un patriotismo que posiblemente disfrazaba la pretensión para explotar el caucho.

Hay que resaltar que la región de Loreto se había fortalecido militarmente, pues se había conformado una guarnición con indígenas y población civil -trabajadores del caucho, bajo la coordinación del teniente Carlos Ayerbe, que tenían como proyecto construir un campo de aterrizaje y convertirse en un fortín militar para defenderse del Gobierno y para proteger el área fronteriza- (Pinzón, 1990, p. 78).

Por su parte, el Gobierno colombiano, en enero de 1932, siendo ministro de Guerra el doctor Carlos Arango Vélez, designó como nuevo jefe de frontera del Amazonas y Putumayo al señor general Amadeo Rodríguez para remplazar al coronel Luis Acevedo, a quien le correspondía impulsar el desarrollo de la colonización, fomentar la navegación en el Caquetá, Putumayo y Amazonas, para enlazar las diferentes guarniciones y colonias agrícolas, asimismo impulsar el comercio entre estas y abastecer las tropas en las áreas de frontera.

El general Rodríguez no permaneció frecuentemente en esta guarnición, viajó a Puerto Asís y se demoró hasta principios de septiembre. El 30 de agosto y el primero de septiembre 1932 arribaron a Caucaya las lanchas Sinchirroca y Waina- Capec, buques comerciales de nacionalidad peruana, procedentes de Iquitos, en tránsito para puerto Asís, sobre el río Putumayo. Estos buques realizaban viajes cada dos meses de Iquitos a Puerto Asís y comercializaban: víveres, licores, drogas. El primero de septiembre de 1932 continuó su viaje la lancha Sinchirroca hacia puerto Asís y la Waina- Capec permaneció en Caucaya (Pinzón, 1990, p. 89), aunque todo parecía estar dentro de la normalidad, lo que se aprecia es un interés del Gobierno peruano por reflejar tranquilidad, mientras lograba distraer a la guardia y a los funcionarios para tomarse el territorio.

Según la hipótesis de Alberto Dandío sobre la invasión peruana, la toma de Leticia se produjo impulsada por el dueño de un ingenio azucarero, “que desde la entrega del trapezio a Colombia en 1930 tenía que pagar derechos de aduana para exportar el azúcar a Iquitos, [que era] su único mercado” (2004). Consideramos que hay varios elementos para pensar en

las resistencias de los habitantes peruanos a asimilar el tratado Lozano–Salomón, porque este territorio no solamente significaba parte de su nacionalidad, sino un área para explotar caucho, que pudo ser parte del oro negro (denominado por Donadío), pero también un puerto sobre el río Amazonas que pretendía controlar la explotación exhaustiva de los recursos naturales, el comercio de mercancías y el trato que se le daba a los habitantes en el área fronteriza.

La toma de Leticia y la guerra con el Perú

Mientras la sociedad colombiana se centraba en el debate bipartidista, que proyectaba el triunfo electoral para el partido de Gobierno, el liberal, y el conservatismo intentaba por todos los medios derribar la maquinaria liberal para continuar con el poder, la situación interna era cada vez más tensa, lo que mantenía en estado de zozobra al Gobierno central. Por su parte, las áreas de frontera, como en el caso del Amazonas, permanecían ajenas al interés del Gobierno y prácticamente sin control de las autoridades político-administrativas. Esta circunstancia la detectó el Gobierno peruano, por lo que el 1 de septiembre de 1932 un grupo de iquiteños y pucallpinos, bajo la dirección del ingeniero Óscar Ordóñez de la Haza y del alférez del ejército peruano (R) Juan Francisco La Rosa Guevara, izaron el pabellón nacional peruano en Leticia y la declararon como parte de su territorio (El Tiempo, 1932).

El 1 de septiembre de 1932, cerca de cincuenta hombres armados se tomaron la población de Leticia, detuvieron a la única autoridad colombiana presente y a todos los habitantes colombianos que manifestaron su disgusto ante la ocupación peruana y procedieron a izar la bandera bicolor peruana (Atehortúa, 2007). Este hecho generó repudio e impotencia en los habitantes de Leticia, puesto que no solamente se sentían atacados, sino que veían amenazada la soberanía colombiana en esta región. Inicialmente se asumió que esta toma la había realizado un grupo de asaltantes peruanos, pero no se le dio una categoría de conflicto internacional, porque, al parecer, el Gobierno peruano no se pronunciaba y también mantenía una posición ambivalente, aún en diciembre cuando ya se habían hecho avances de la ofensiva y contraofensiva, como lo denunció el periódico *El Tiempo* (1932).

Inicialmente, la respuesta del Gobierno peruano, encabezado por el diplomático Clemente Palma, se refirió a la invasión de un grupo de vándalos, posiblemente un grupo de civiles comunistas. Por tanto, solicitó al Gobierno colombiano acudir a la comisión de conciliación, mientras supuestamente él exigiría a los vándalos abandonar Leticia, asimismo reiteró el respeto por el tratado limítrofe Salomón-Lozano, efectuado en 1922. Señaló el Gobierno peruano, que era inoportuno y peligroso el envío de tropas colombianas a la frontera -Leticia. “Y que en consonancia con esa actitud ha reforzado espectacularmente sus guarniciones militares en el Putumayo y ocupado en ellas la línea septentrional del trapecio amazónico, en territorio colombiano reconocido por el tratado de límites que ofrece respetar” (1936, p. 87). De esta manera reiteraba sus buenas intenciones para hacer ver el respeto por el tratado y por la soberanía colombiana. Por otra parte, dejaba ver un problema político, que era el surgimiento del comunismo como enemigo político interno y externo, y así pretendía afianzar una persecución contra el comunismo, responsabilizándolo de este hecho. Pero, en últimas, esta versión no era más que un distractor para restarle importancia a la situación.

El Gobierno colombiano fue alertado de que Perú lanzaba un plan para reconquistar la Amazonía, lo que inicialmente se pretendió manejar con cautela a través de las relaciones diplomáticas, mientras los líderes políticos agitaban a sus electores y los convocaban a defender la soberanía nacional.

Aunque el Gobierno peruano mantenía una tónica ambivalente para solucionar el conflicto, con lo que pretendía hacerse ver como pacifista mientras lograba atacar el pueblo colombiano. Por su parte, el Gobierno colombiano vaciló en la decisión de atacar y de convertir este hecho en un problema fronterizo internacional que sería abordado con la comunidad internacional.

Por su parte, el presidente Enrique Olaya Herrera se empeñaba en opacar la situación mientras solicitaba apoyo norteamericano. La noticia no se hizo esperar y trascendió al Senado (El Espectador, 1932). El senado citó a una sesión secreta para analizar la situación de orden público y exigirle al presidente un informe sobre lo ocurrido, esto también permitiría conocer las medidas que se habían tomado para mediar el conflicto. Los diarios de circulación nacional, como *El Tiempo* (1932), en sus titulares hacían alusión a la versión del Gobierno peruano de responsabilizar a los comunistas de la toma de Leticia, mientras reiteraban las buenas relaciones diplomáticas que se mantenía con el Perú; pero, en últimas, era el desconocimiento de las intenciones del enemigo y la pretensión de manejar el conflicto desde un plano diplomático y, en este sentido, la toma de Leticia debería ser asumida por la opinión pública como un caso aislado.

Por su parte, el periódico *El País*, con participación de líderes políticos como Silvio Villegas y Laureano Gómez, cuestionó la acción pacifista del Gobierno y llamó a la defensa del territorio, para lo cual planteó el pasar del conflicto a la guerra internacional. Al respecto señalaron: "...La guerra viene hacia nosotros por los caminos de la injusticia y la emboscada, y nosotros iremos a la guerra por los caminos del derecho inviolable, de la justicia y la verdad para arruinar de una vez y para siempre al invasor sigiloso, frío para el mal, pequeño y falaz como todo lo que camina por los caminos del crimen" (citado por Pedreros, 2009). Por su parte, *El Espectador* (1930), dirigido por Luis Cano, acudió a la leyenda del polvorín de San Mateo, a las legiones desnudas de Bolívar para pasar las banderas de la libertad desde Casanare hasta el Cuzco, con el fin de fomentar el nacionalismo patriota, lo que en palabras de Cano sería: "imponer el deber de disciplinar nuestras emociones, y darle a nuestro patriotismo [una] forma de expresión que lo lleve hasta la cima de donde nos vino por nuestro héroes". De esta manera se preparó la defensa tanto desde la perspectiva de paz como de guerra, "lo que nos permite aprovechar eventualmente cualquiera de los dos campos de acción, ante elementos materiales y humanos de que disponga el país, aunque no se planteaba la guerra, la guerra se convertía en una opción sino se reestablecieran las autoridades en el territorio amazónico" (El Espectador, 1932).

Y mientras el Gobierno colombiano pretendía solucionar la situación por vía diplomática, el presidente Peruano, Sánchez Cerro, se preparaba para la guerra. Al enterarse de la toma de Leticia, Sánchez Cerro hizo pronunciamientos en defensa del trapezio amazónico y exaltó la labor de los loretanos y dispuso que la infantería acantonada en Iquitos se desplazara

para reforzar la de Leticia. Posteriormente hizo un llamado a la población civil a tomarse el trapecio, pero el conflicto político interno fue una barrera para fortalecer la fuerza militar en defensa de la Amazonia peruana.

Por su parte, el Congreso colombiano, preocupado por la situación, aprobó un crédito por diez millones de dólares para adquirir material bélico y de esta forma prepararse para la guerra (Atehortúa, 2007). Por otra parte, el conflicto interno que se vivía en Colombia entre liberales y conservadores fue reemplazado por el espíritu nacionalista que superaba cualquier tinte partidista. Uno de los promotores de esta unión y de esta nueva lucha conjunta fue Laureano Gómez, que llamó a la opinión pública a responder a ese enemigo de la soberanía nacional.

La guerra con el Perú se convirtió en una excusa para construir un nacionalismo patriota en que liberales y conservadores lograron superar sus diferencias. Mientras duró el conflicto, todos decidieron participar para defender el trapecio amazónico amenazado por la invasión peruana. Laureano Gómez, líder del conservatismo, hizo un llamado a todos los habitantes para defender la soberanía del país, sin tener en cuenta el tinte partidista, frente a lo cual, los liberales y conservadores concurren al llamado de sus líderes y de esta manera se diezmó el conflicto interno. Una de las expresiones con las que convocó a la población fue: “Paz, paz, paz en lo interior. Guerra, guerra, guerra en la frontera contra el enemigo felón”. A esta acción se unieron estudiantes, profesores y la población en general, para protestar por la acción del Gobierno peruano, y se convocaron líderes políticos y la población en general, de esta manera la sensibilidad patriótica empezó a tener mayor fuerza.

Combates por la defensa de Leticia

Existían dos guarniciones peruanas que en el momento de la invasión a Leticia se fueron fortificando y mejorando en sus dispositivos y dotaciones. Eran Guepí y San Arturo. A estos dos fortines era necesario combatir y desalojar para despejar la línea de comunicación natural que era el río Putumayo, a fin de llegar a Tarapaca, recuperar la soberanía sobre el trapecio amazónico y posteriormente atacar y recuperar Leticia con el apoyo de otra agrupación táctica por el Amazonas, que se hallaba en proceso de organización.

Los enfrentamientos y combates desatados para recuperar el territorio colombiano están cargados de emotividad y sentido de grandeza, muchos de estos no se desarrollaron y otros estuvieron acompañados por las dificultades del clima, del espesor de la selva, de la rivalidad entre los militares, de la falta de infraestructura y equipamiento de los soldados, así como de la debilidad generada por las enfermedades de la selva. Posiblemente había una necesidad de protagonismo de personajes como Alfredo Vásquez Cobo, líder político y excandidato presidencial, que pretendía obtener un prestigio político y quiso encontrarlo al hacerse ver como héroe de la guerra.

Las operaciones para la toma de Leticia por parte del Gobierno colombiano se iniciaron el 14 de febrero de 1933. Vásquez Cobo envió una comunicación a los peruanos motivándolos a realizar una entrega pacífica del territorio (Atehortúa, 2007), pero la respuesta fue el envío

de tres aviones que intentaron bombardear el buque ubicado en el puerto de Tarapacá. Este “combate” fue presentado como el gran triunfo del ejército colombiano, aunque nunca se llevó a cabo porque los peruanos huyeron del lugar antes de un enfrentamiento, tenían un bombardeo por parte de los militares colombianos.

El hecho sí fue utilizado para resaltar el patriotismo, al tratar de proyectar la grandeza del ejército, de las tácticas militares en la defensa del territorio nacional. Para el Gobierno colombiano, los hechos significaron un llamado a la guerra, lo que obligó al presidente Olaya Herrera a romper relaciones diplomáticas con el Perú, mientras que en Lima la embajada norteamericana asumió la representación de Colombia.

La reacción del Gobierno peruano fue atacar la legación colombiana en Perú, apoyado por un grupo de manifestantes peruanos que querían vengar la acción militar colombiana, lo que generó mayor tensión entre los gobiernos, así como la beligerancia de los colombianos por la defensa del territorio.

La reacción colombiana se percibió con el ataque a la isla de Chávaco, el 18 de febrero, cerca al río Guepí (Pinzón, 1990), allí los militares colombianos derribaron un avión peruano cuando intentaba acercarse a la rivera del río Putumayo como una ofensiva sobre el territorio colombiano.

El ataque de los colombianos al puesto peruano cerca del sitio Buenos Aires provocó la reacción peruana, y horas después de la toma colombiana bombardearon el lugar. Los militares colombianos reaccionaron y derribaron un avión y posteriormente la flota colombiana se retiró del lugar.

La ofensiva colombiana continuó con su proyecto de rescatar el territorio y decidió atacar Guepí el 26 de marzo. Este ataque fue planeado y organizado, previamente se hizo un estudio sobre la ubicación de los destacamentos militares del enemigo y, a pesar de la falta de tecnología militar de los colombianos, ellos salieron victoriosos, porque los peruanos no contaban con pertrecho y armamento suficiente para hacerle frente a este ataque, por tanto, la defensa peruana retrocedió y se percibió un debilitamiento que obligó su retirada, puesto que los colombianos tomaron prisioneros 46 soldados peruanos. En el ataque a Guepí perecieron varios soldados (Pinzón, 1990, p. 112) y después del combate se izó el pabellón colombiano, lo que generó un sentido de patriotismo muy fuerte, que se convirtió en un medio fundamental para fomentar una acción colectiva, que condujera a construir identidad nacional.

Los enfrentamientos entre peruanos y colombianos fueron constantes, uno de estos ataques fue generado por un destacamento peruano con fusiles y ametralladoras a una compañía de infantería colombiana comandada por el general Diógenes Gil. Al parecer, esta unidad fue atacada cuando se encontraba en formación y sin armamentos, lo que facilitó el ataque peruano. Otros ataques se produjeron en Yabuyan y río Algodón, donde el Perú tenía una base aérea para hidroaviones, y La Zoila.

Las actividades militares continuaban, aunque la prensa se esforzó por presentar el conflicto como heroico, de exaltación de valentía de los soldados colombianos, lo que se percibe es una falta de infraestructura militar y de preparación de los militares para un ejército con buen armamento, bien entrenado y conocedor de la selva, como era el peruano. En este sentido, Colombia era incompetente militarmente para sostener una guerra con el Perú, a pesar de los apoyos obtenidos por otros Estados.

Mientras las tropas llegaban y se agitaban en tierras amazónicas, el Gobierno colombiano seguía discutiendo en la Liga de las Naciones, tratando de conseguir una solución jurídica, para evitar el enfrentamiento de los ejércitos, los combates y el desastre natural de la Tierra.

Finalmente, el 24 de mayo de 1933 se firmó el Tratado de Ginebra que puso fin al conflicto colombo peruano. El Gobierno recibió aviso oficial del presidente del Comité de la Liga de las Naciones por la aceptación del Gobierno del Perú de la fórmula para resolver pacíficamente el caso de Leticia, sugiriendo en tal sentido la sensación de hostilidad. De esta forma se dio un tratamiento al conflicto por vía diplomática, a través del doctor Eduardo Santos, quien pudo sustentar la situación de Colombia y Perú: “nuestro país con su actitud resuelta, tuvo la reconquista del trapecio amazónico y el puerto de Leticia” (Pinzón, 1990, p. 197).

El proceso de negociación diplomática fue muy cuestionado, principalmente por el conservatismo, aunque es necesario anotar que detrás de ese nacionalismo por la defensa del territorio se escondían ciertas intenciones de debilitar el Gobierno de Olaya, por consolidar una unidad nacional en defensa del orden. Tal vez este hecho permitió que el conservatismo vislumbrara un proyecto nacionalista como estrategia política para controlar el poder del Estado.

A través del periódico regional *El Cruzado*, de Tunja, se hizo una crítica a la negociación diplomática para mediar en los hechos de Leticia, y en un reportaje se hizo alusión a que “los fusiles y los hombres están esperando para actuar”. Se suponía que el lema central: “Muera la política interna, viva la guerra externa”, era defendido por los “patriotas” (conservadores que apoyaban el desarrollo de la guerra); esta tendencia pedía que se clausuraran las asambleas, “porque la patria invadida no necesita de ordenadores sino de soldados, no quiere ordenanzas sino cañones”. Los “patriotas” afirmaban que: “Los Diputados a la Asamblea en el presente año ofrecerán a la patria todas sus dietas para que el gobierno nacional compre gases, grasas, tanques, y minas para desterrar al injusto invasor” (Mora, 1933). La pregunta central que surge ante esta actitud es: *¿Por qué el interés de la tendencia conservadora de ultraderecha de comprar armamento y de incentivar la guerra internacional?*

Consideraciones finales: la población colombiana y la conciencia nacional

La crisis económica que vivía el país era una de las mayores limitaciones para enfrentar la guerra; sin embargo, la población estaba dispuesta a participar como reservistas o donando

joyas y piezas de gran valor (El Tiempo, 5 y 6 de octubre, 1932). Con respecto a la primera apreciación, en la crónica del mayor Alberto Lara Santos se lee: “Allá a la inhóspita selva llegaron nuestros huilenses, pastusos, bogotanos y Santandereanos, enflaquecidos por las inclemencias del clima, la falta de alimentación y la carencia de los más elementales recursos; y allí permanecieron decididos con el fusil entre las manos y con los ojos a visores a la orilla del río Putumayo. [Aunque fueran víctimas de] las plagas, el hambre, los insectos”. Esto no fue un obstáculo para ellos, por el contrario, “esos abnegados servidores anhelaban la hora del ataque para seguir en la ofensiva inferida a la soberbia de nuestro territorio”. Los animaba a continuar bajo un grito de “¡ Viva Colombia! que saldría de todas las gargantas y en el ambiente húmedo de la selva, se convertía en coraza protectora de ése puñado de valientes” (Lara, 1945, p. 83).

Por su parte, el Gobierno colombiano les impuso a los funcionarios públicos una cuota militar equivalente al 10 % del salario, de las rentas y propiedades, la que fue asumida sin ningún inconveniente. Pero si los habitantes, funcionarios y la población colombiana donaron sus joyas, alhajas dinero, comida y otros bienes para sostener la guerra, *¿por qué los soldados tuvieron que sufrir tantas necesidades? ¿Qué pasó con los recursos que no llegaron a sus destinos?*

Y mientras los soldados enfrentaban las dificultades del clima y de la selva, así como la presión que implicó la misma guerra, el Gobierno se olvidó de su ardua labor, nunca se reconoció el esfuerzo, pues jamás tuvieron un reconocimiento. Cuenta el mayor Alberto Lara, que las medallas que se mandaron elaborar para condecorar a los soldados “permanecen aún entre el cajón en que fueron enviadas de la fábrica y están ocultas en el más oscuro rincón de la dependencia, que los militares reconocen como “material de guerra”. Por otra parte, a los soldados enfermos, discapacitados o con debilitamiento por el combate, no se les ofreció ningún tipo de tratamiento; tampoco se dio ningún tipo de indemnización a los familiares de los soldados que perecieron en la guerra. En palabras del mayor Alberto Lara, “pareciera que se quisieran deshacer de estos personajes para evitarse mayores gastos” (1945, p. 86).

Este hecho se convirtió, para muchos, en un repudio contra el Gobierno, por cuanto nunca se reconoció el valor de los colombianos que dejaron su familia, donaron sus pertenencias para unirse a la causa nacionalista. Estos aspectos, antes que fortalecer el espíritu patriota, se convirtieron en un elemento que sirvió para cuestionar la acción del Gobierno y para justificar la defensa de unas facciones partidistas que habían caracterizado la identidad del colombiano.

Así las cosas, ni el conflicto con el Perú, ni la donación de pertenencias, ni la participación de los soldados lograron construir realmente un imaginario de la colombianidad que transformara las relaciones políticas y el sentido de beligerancia entre liberales y conservadores.

Referencias

- Anderson, B. (2005). Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo (2ª reimp.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Atehortúa, A. L. (2007, jun.-dic.). El conflicto colombo peruano. Apuntes acerca de su desarrollo e importancia histórica. *Revista Historia y Espacio*, (22).
- Cano, L. (1932, 20 de septiembre). *El Espectador*.
- Cano, L. (1936). *Semblanzas y editoriales*. Bogotá: Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, Editorial Minerva.
- Diario del Sur (2009, 24 de marzo). Celebración aniversario del combate en Guepí condecoración a héroes del conflicto colombo peruano. *Diario del Sur*, San Juan de Pasto.
- Donadío, A. (2004, 30 de mayo). Septiembre 1932 la única guerra internacional. *Revista Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/especiales/articulo/septiembre-1932-brla-unica-guerra-internacional/65914-3>
- Donadío, A. (1995). *La guerra con el Perú*. Bogotá: Planeta.
- El Tiempo. (1932, 17 dic.). Por la paz, a la guerra. *El Tiempo*.
- El Tiempo (1932, 3 de septiembre). Trescientos comunistas peruanos se toman a Leticia. *El Tiempo*.
- El Espectador. (1932, octubre 26).
- El País (1932, 30 de septiembre). La Guerra y nosotros. Editorial. *El País*.
- Guerrero, J. (2003). El conflicto colombo-peruano y el fantasma de la guerra. En: *Memorias XII Congreso Colombiano de Historia*, Popayán, Universidad del Cauca (4 a 8 de agosto de 2003).
- Lara, A. (1945). *Revelaciones políticas de un condenado*. Bogotá: Librería Leticia.
- Mora, F. P. (1933, 3 de marzo). Sin Leticia, sin dinero y sin honor? ¡Esperamos! *El Cruzado*, Tunja.
- Pedrerós, J. A. (2009). *El Tiempo, El País y El Colombiano, una mirada al conflicto amazónico*. Trabajo presentado para optar el título de historiador. Universidad Javeriana, Bogotá.
- Pinzón, A. (1990). *La colonización militar y el conflicto colombo peruano*. Vol. 1. Bogotá: Acore.
- Rouquié, A. & Suffern, S. (1997). Los militares en la política latinoamericana desde 1930. En L. Bethell (comp.), *Historia de América Latina*, Vol. 13. Barcelona: Crítica.



Super-zona de Juegos IV.
Óleo sobre lienzo. 50 cm x 70 cm 2014

Morales 2014